



BIBLIOTECA AÑIL

La I Internacional en Castilla-La Mancha

Luis Enrique Esteban Barahona

Al mes de iniciarse la Revolución de Septiembre de 1868, Giuseppe Fanelli llega a España para hacer proselitismo de los ideales de la Asociación Internacional de los Trabajadores (AIT). Enviado por el centro de Ginebra, tras pasar por Barcelona y Valencia sin mucho éxito, funda en Madrid el primer núcleo de la Internacional en España. A partir de esta primera organización, en los años posteriores, la Asociación se extiende por toda España, dando origen al primer movimiento obrero organizado, base del futuro sindicalismo anarquista y socialista.

Entre los fundadores del primer núcleo de Madrid se encuentran, que sepamos, varios oriundos de Castilla-La Mancha. Los hermanos Angel y Francisco Mora, naturales de Villatobas; Anselmo Lorenzo, de la propia capital toledana; y el periodista Francisco Córdova y López, nacido en Daimiel. Entre el grupo de tipógrafos madrileños organizados está Julián Fernández Alonso, futuro organizador de la Agrupación Socialista Alcarreña. Digamos que estos miembros son destacados internacionalistas, pero de poca importancia dentro del desarrollo y evolución de la AIT castellano-manchea. Además, poco nos interesarían para conocer la historia del movimiento obrero regional del Sexenio revolucionario, pues su actividad la realizaron fuera de nuestras provincias. Sin embargo, el estudio de la Internacional en nuestras tierras tiene un doble interés. Por un lado, mostrar el nacimiento y desarrollo del movimiento obrero en una zona escasamente industrializada; y, en segundo lugar, permite analizar los mecanismos de extensión, penetración, desarrollo ideológico y sectores involucrados de esta primera organización de trabajadores.

Las fuerzas productivas

El territorio de la actual Comunidad de Castilla-La Mancha representa el 15,69 por ciento del total del territorio nacional. En los años de la Septembrina daba cobijo al 7,8 por ciento del total de la población española, aproximadamente un millón doscientas mil personas. La población activa regional suponía un 6,9 por ciento del total de los activos españoles, unas cuatro-

cientas setenta y cinco mil personas, lo que representa una tasa de actividad del 38,9, inferior al 43,9% de la media nacional. Nuestra tierra vivía en gran parte del aprovechamiento agrario y en éste trabajaba la mayor parte de su población. Por sectores productivos, el 60,2 por ciento de la población activa se dedicaba a las tareas agrarias; el 9,4, al sector industrial y minero; y el 30,4, al sector terciario.

A esta estructura de la población correspondía una creación de riqueza acorde con ella. La aportación de Castilla-La Mancha al Producto Interior Bruto (PIB) la podemos situar en un 7,3 por ciento del total nacional, que si bien estaba por debajo del porcentaje del total de población, está unas centésimas por encima del de población activa. Destacaremos el gran aporte que suponía a la economía nacional, siendo una región del interior que empezaba, por esta época, el retroceso en su contribución a la riqueza española. La mayor parte de esta riqueza era producida, lógicamente, por el sector agrario, en unos porcentajes que rondarían el setenta y cinco por ciento del PIB regional, repartiéndose los otros dos sectores el veinticinco por ciento restante. Con estos mínimos detalles económicos, podemos conocer los condicionantes de toda nuestra historia regional, donde el sector agrario se muestra determinante y dominante. Pero en la historia que vamos a narrar, el peso no correspondió al mundo agrícola, sino al mundo industrial, por ello, vamos a intentar conocerlo un poco más de cerca, tanto en su cuantificación, como en la distribución de las distintas industrias, y su estructura laboral.

Hacia 1870, en CLM la industria moderna es minoritaria y los artesanos cubren todas las necesidades de objetos transformados de la población local. En la primera parte del libro exponemos la población activa regional, provincia a provincia, y la contribución de cada sector al producto regional bruto, para centrarnos en el sector industrial, dividido entre los artesanos, mayoritarios, y la incipiente producción fabril. La importancia de cada uno de estos grupos será determinante para el desarrollo internacionalista.

A continuación, planteamos un acercamiento a la situación laboral de la población activa: jornada laboral, formas salariales,

RESUMEN:

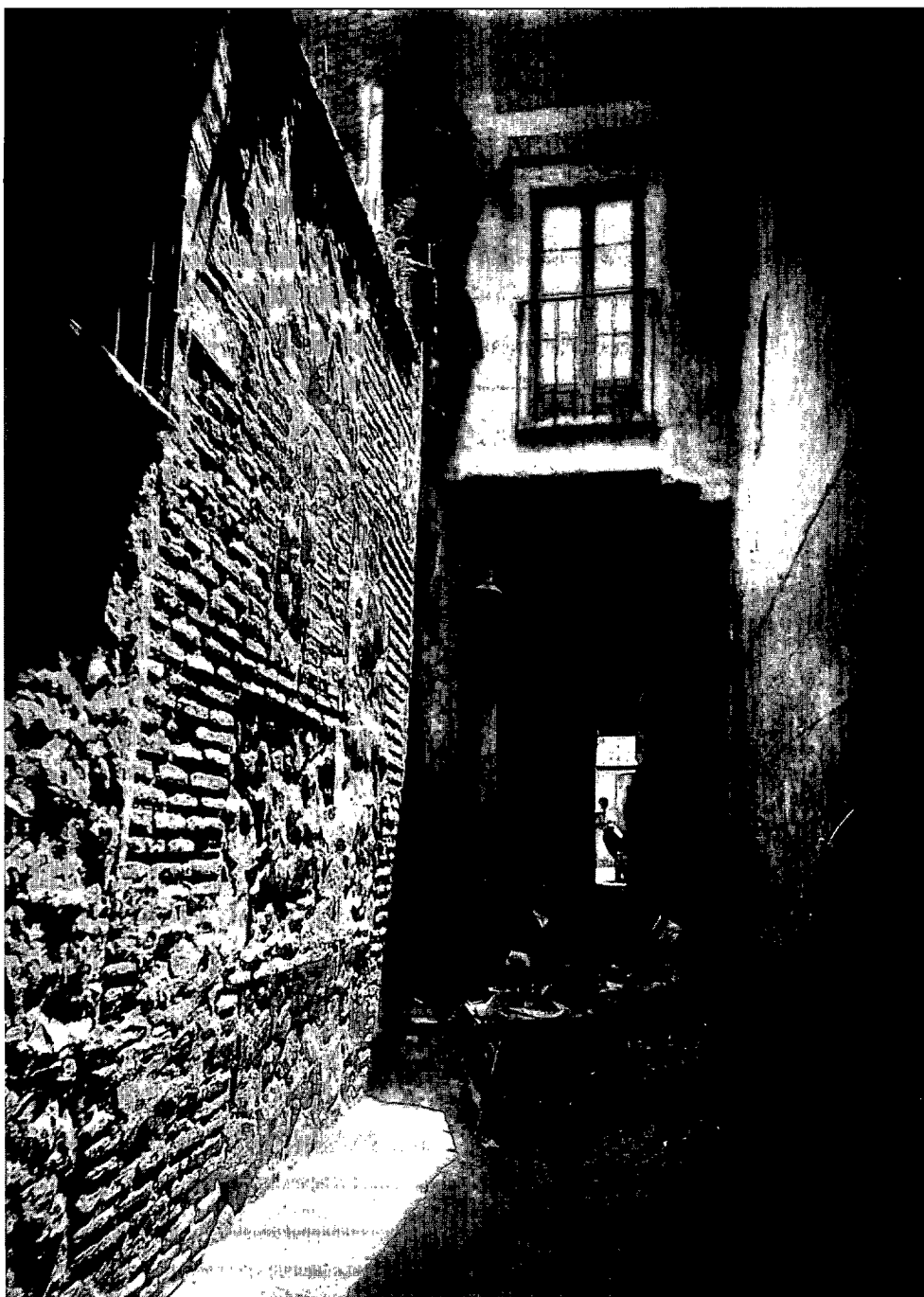
Este texto es un resumen y balance del libro *La I Internacional en Castilla-La Mancha*, número 2 de la Biblioteca Añil que está siendo presentado — como el anterior — en estos días por las principales ciudades de nuestra Región. En el mismo, su autor, Luis Enrique Esteban Barahona, historiador, y miembro del consejo de redacción de Añil, se adentra en las condiciones materiales y sociales de los trabajadores castellano-manchegos en las décadas de 1860/1870. Analiza sus respuestas colectivas a esas difíciles condiciones, y su vinculación con movimientos sindicales (la I Internacional) y políticos. En la segunda parte se detiene con detalle en la realidad de los internacionalistas en una región con un débil movimiento obrero como la nuestra, y comenta las reacciones de las clases dominantes (burguesía, Iglesia, etc.) a la aparición de este fenómeno internacionalista.

precios de producción y mercancías elaboradas, estado de la vivienda, pueblos y comunicaciones, que centran las condiciones de vida de los trabajadores y el sentido de su vida durante esta parte del siglo XIX.

Tradición y modernidad social

En todas partes, más en una región de paso como la nuestra, siempre quedaba alguna idea nueva en la cabeza de nuestros paisanos; y los habitantes de Castilla-La Mancha —aún contando con su mínimo desarrollo urbano e industrial, base de las ideas progresistas— intentaron seguir las pautas de toda la vida política nacional. Este concepto de pluralidad cultural, según el cual en el desarrollo de la asimilación de ideas se da una circularidad, y también una complementariedad entre la cultura de las clases dominadas y dominantes. Las primeras aceptan algunos postulados, no todos, recibidos del exterior, y los transforman de acuerdo a sus propias experiencias y concepciones del mundo.

En nuestra comunidad, la adaptación a los nuevos tiempos se realizó por sustitución, según la cual la tradición se impregna de nuevas ideologías. Nuestra capas bajas sufrieron las consecuencias de la mala situación económica, la explotación de su fuerza de trabajo y la usurpación de sus derechos seculares, como el resto de los trabajadores españoles. A la hora de manifestar sus aspiraciones o protestas actuaron de una forma distinta a los trabajadores de otras regiones, al menos durante el siglo XIX. Pusieron sus esperanzas —o se las impusieron por la fuerza— en otras maneras de lucha diferentes a las protagonizadas por el movimiento obrero industrial. Entenderemos mejor bajo estas coordenadas, el asociacionismo religioso, cuyas cofradías cubrían las necesidades espirituales y elementales, al igual que hicieron en otras partes las Sociedades de Socorros mutuos; o la participación popular en las luchas del tradicionalismo carlista, en el cual las clases bajas se aliaron con representantes genuinos de la sociedad estamental, para combatir los postulados más inquietantes de la sociedad burguesa liberal. Por esta razón, cuando aparecen personas aisladas, con ideas nuevas y emancipadoras, su valor es más importante, pues se deben imponer no sólo a las clases conservadoras, sino también a aquellos que deberían ser sus alia-



Casiano Alguacil. Zapateros en el cobertizo de La Soledad. Toledo, hacia 1880.

dos de clase y a los que intentan redimir. No es ingratitud, ni falta de visión en el futuro, es que en esas capas populares, las nuevas propuestas se encuentran, en parte, cubiertas por sus organizaciones tradicionales, y no había llegado todavía el momento de unirse a los nuevos conceptos, salvo para minorías conscientes muy reducidas.

El moderno obrerismo español comienza en la década de los años treinta del ochocientos. En concreto, en 1835, se produce en Barcelona la quema de la fábrica Bonaplata, que con la ayuda del gobierno había aplicado el vapor a la producción textil, llevando la incertidumbre a la clase obrera. Los motivos de este incendio no están claros, pero será a partir de este acontecimiento, unido a los primeros escritos del socialista utópico gaditano Joaquín Abreu y el surgimiento de las primeras asociaciones obreras, cuando se puede hablar de un desarrollo paulatino de la toma de conciencia de la clase obrera española, para formar su propia ideología separada de los burgueses progresistas y republicanos.

En Castilla-La Mancha la historia no es diferente. Todas las características anteriores del pensamiento obrerista tienen reflejo, dentro de las limitaciones impuestas por la base económica de nuestras tierras, que, como hemos visto, vienen condicionadas por el predominio de un sector agrario, y por un sector industrial de raíz artesanal que no es capaz de poner los cimientos básicos de una futura revolución industrial. Nuestras clases medias, únicas por formación capaces de elaborar una ideología teórica nueva, no tienen la suficiente presencia social para desarrollar un pensamiento original. Cuando lo hacen, es fuera de nuestro marco territorial, principalmente en Madrid.

La Primera Internacional

Con todo lo anterior, el movimiento popular castellano-manchego tiene sus coincidencias con la evolución general de la historia del movimiento obrero español. Uno de esos momentos es el desarrollo de la AIT. Al igual que en el resto de España, es un movimiento de raíz industrial; en nuestro caso, reúne a los obreros de las escasas industrias o de las artesanías locales. Es una asociación netamente ciudadana, con casi nula presencia del mundo rural, como sucedía en el resto de la nación. Los avatares de la propia organización los sufren como suyos propios, y participan en todas las discusiones con idéntica vehemencia que el resto de los trabajadores españoles. El número de miembros no parece importar, también en España es escaso en comparación con el global de la clase trabajadora; el entusiasmo puesto es idéntico.

El 19 de septiembre de 1868 estalla en Cádiz la "Gloriosa", que cuál pólvora se extiende por el país. En todas las ciudades importantes se crean Juntas Revolucionarias. Castilla-La Mancha no permanece ajena a estas iniciativas y en nuestras ciudades se forman Juntas y se dan proclamas de adhesión al nuevo régimen. Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Ocaña, Albacete, Yeste,... en sus panfletos y arengas se gritan vivas a la libertad, a la soberanía nacional, al sufragio universal, y muera a los impuestos sobre consumos, a las quintas, y a todos aquellos problemas cotidianos que dañan a la población. En nada se diferencian estos deseos a los postulados en otras zonas del país, y en todas se plasma el deseo de acabar con la monarquía borbónica.

Los acontecimientos revolucionarios trajeron también, al igual que sucede en todos los momentos democráticos, una mayor velocidad de circulación de las ideas. Pensamientos dispares, surgidos en cualquier rincón de España, por minoritarios que pudieran ser, tenían su repercusión en toda la nación. La actividad política, por lo tanto las ideologías, recorrían todo el ámbito regional, sin importar que fuera un asunto de mínimo interés para la zona.

La Primera Internacional aprovechó estas circunstancias y en breves líneas relatamos su implantación en España para centrarnos en CLM. Se estudian cuatro aspectos concretos: la vida organizativa, la participación asociativa, la Internacional y la I República, y las reacciones de las clases dirigentes castellano-manchegas. La llegada de las ideas internacionalistas a CLM se efectúa desde el primer momento y de muy diversas maneras. No se queda en una simple adhesión sino que encontramos un gran conocimiento de estas ideas emancipadoras. El estudio, pueblo a pueblo, de todos los lugares donde hemos encontrado noticias de su presencia, y la actividad desarrollada, nos lleva a la conclusión de un importante desa-

rollo regional escasamente conocido y menos valorado. La exposición de los ritmos de desarrollo, la cuantificación de efectivos, la comparación con el resto del país y el estudio social de sus afiliados completan esta visión interna de la Asociación.

La AIT lleva nuevas ideas a los trabajadores y sectores castellano-manchegos se llenan de palabras: solidaridad, conflictividad y represión, que desarrollan, protagonizan, sufren, comparten y denuncian. La participación castellano-manchega en los congresos obreros de Barcelona, Valencia, Zaragoza, Córdoba y Toledo nos muestra que de la asimilación se pasa a la participación asociativa, plasmada en la postura activa tomada en la polémica bakunista-marxista de tanta trascendencia en la división del movimiento sindical español.

Con la I República las contradicciones sociales y políticas se extreman. Los internacionales y los republicanos se enfrentan por conseguir el apoyo de las masas populares. Todo ello lo encontramos en CLM, así como la plasmación concreta municipal de la tesis marxista de participación política. Los internacionalistas acceden al Ayuntamiento toledano -su desconocido caso, se une a los de otros lugares de España- y representa la primera vez que llegan los trabajadores organizados al poder local. El golpe de Pavía lleva a la desaparición de todas las federaciones locales castellano-manchegas y iniciarse un periodo clandestino.

Por último recogemos las reacciones de las fuerzas vivas a la llegada de la Internacional. Todo el estamento social se ve implicado de alguna manera. El apoyo primitivo de los republicanos federales se transforma en un distanciamiento a causa de la cuestión de la participación política; la Iglesia rechaza abiertamente todo el mundo internacionalista y ofrece algunas alternativas de sindicación obrera; en último lugar, las posturas de la pequeña burguesía local y la formación de su pensamiento socialmente conservador.

Epílogo de futuro

Terminamos a principio de los años ochenta del siglo XIX. Las razones son varias, pero principalmente por creer que comienza una nueva etapa en la organización de los trabajadores españoles. Por un lado, los seguidores de Bakunin se reorganizan en 1881, y hacen desaparecer la palabra "internacional" del nombre de su asociación y pasan a llamarse: Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), cobrando una gran influencia en poco tiempo. Por otro lado, el grupo marxista, desaparecido en 1873, sale de su asociación gremial: la Asociación General del Arte de Imprimir, y fundan el Partido Socialista Obrero Español, en 1879 y su propio sindicato, la Unión General de Trabajadores (UGT). Cada uno con su ideología, crean una nueva mentalidad en el movimiento obrero español, a la vez que empiezan a dejar sentir su peso en la sociedad española.

Así, poco a poco, se organiza el movimiento obrero, lleno de pasos lentos, que adaptado al medio ambiente social, cultural e histórico, llegará, en algunas provincias, a ser importante dentro de España. Intentamos desbrozar un momento decisivo para España, para Castilla-La Mancha y para el movimiento obrero. Demostrar que nada surge de la nada, todo está en constante movimiento, y que todo crea un poso que florece en los momentos de libertad. Errores, muchos; retrocesos, algunos; así es la historia, más la del movimiento obrero. ■